

CULTURA

Los escritores que eligieron la horizontalidad forman una aristocracia dentro de un oficio lleno de cuerpos enfermos y temperamentos depresivos cuyo universo exploran varios libros

Encamados, literatura desde el lecho

de SERGIO DEL MOLINO

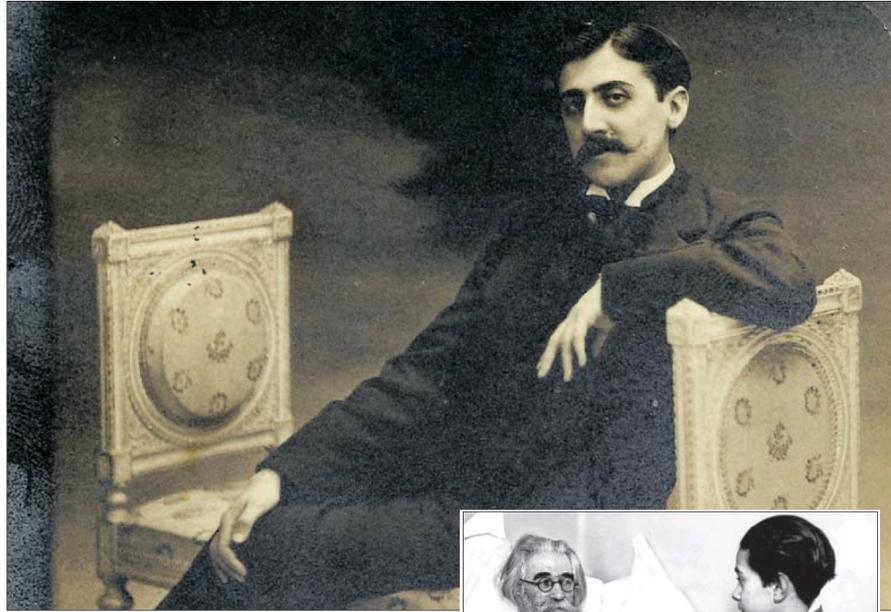
Tras muchos años de donaciones y diplomacia, el Museo Carnavalet de París reconstruyó, a principios de año, la estancia en la que vivió Marcel Proust. Dos muebles dominaban la estancia, ambos dedicados al arte de tumbarse: una *chaise-longue* y una cama de latón. La celeberrima cama, con su colcha azul, sorprendentemente pequeña para nuestra época de camas gigantes, era la reliquia más sagrada, el corazón de toda la mitología proustiana.

Sobre aquel lecho se escribió gran parte de los siete tomos de *En busca del tiempo perdido*, en cuadernos pequeños de caligrafía apretada que su hermano Robert tardó años en descifrar. Proust escribía de noche, apoyado en un tablón. Tenía práctica en el difícil arte de escribir recostado. Pese a haber conocido todos los salones de París y no perderse ni una trifulca literaria, pasó buena parte de sus 51 años de vida tumbado. Desde que a los nueve sufrió un ataque de asma que casi lo mató, el dormitorio fue su mundo.

Hijo y hermano de médicos, su padre investigó la neurastenia, el nombre que se ponía entonces para explicar el cansancio y desánimo que tantos pacientes sentían, sin causa física aparente. Que Proust estaba enfermo, aunque en ocasiones no supieran de qué, jamás se puso en duda. No había coquetería en su encamamiento, que detestaba. La mayor prueba de que no se rendía a la dulzura del convaleciente está en las miles de páginas de *En busca del tiempo perdido*, una hazaña mental que agotaría al más vigoroso de los novelistas. Alguien resignado a la muerte no trabaja tanto. Quizá por eso ocupa un lugar de honor en ese parnaso de escritores horizontales, encerrados en habitaciones sin ventilar, para desesperación de sus familias y fascinación de sus lectores.

Se ha escrito mucho sobre los escritores encamados, que forman una aristocracia dentro de un oficio lleno de cuerpos enfermos y temperamentos depresivos. Solo en España, autores como Álvaro Pombo, Soledad Puértolas, Rosa Montero, Julio Llamazares, Luis Landero o José Manuel Caballero Bonald han dedicado elocuentes páginas a este enigma encarnado, entre otros, por Mark Twain o Juan Carlos Ometi, pasando por Valle-Inclán, Truman Capote o, de forma más leve pero con más carga reflexiva, Virginia Woolf, cuya teoría de la habitación propia debe tanto al feminismo como a su propia condición enferma y convaleciente.

Juan Ramón Jiménez escribió al final de su vida uno de sus aforismos más bellos, recogido por Andrés Trapiello: "A todo se llega. He aprendido a ser sucio. Y me parece bien". Por entonces, el poeta vivía encamado, y a decir de los diarios de su mujer, Zenobia Camprubí, en condiciones higiénicas



Marcel Proust, en una imagen sin fechar. Sobre estas líneas, Ramón María del Valle Inclán con su hijo Carlos, en los años veinte. A la izquierda, *El despertar de Voltaire*, de Jean Hubert. GETTY / EFE

Proust tenía **ais es** práctica en el difícil arte de tomar notas recostado

Se ha romantizado a los tumbados como rebeldes frente a la burguesía hacendosa

tumbados interpretado su retiro como una forma de rebeldía: la resistencia pasiva ante las convenciones de la burguesía decente y hacendosa.

Por tentador que suene convertir al encamado en un héroe o un santo, conviene no separar el fenómeno de la enfermedad. Hay que agradecer en ese sentido a Vicente Valero ese librito maravilloso titulado *Enfermos antiguos* (Periférica, 2020), donde evoca la fascinación infantil que le causaban estos personajes cuando, en la Ibiza anterior al turismo, los conoció de la mano de su madre mientras esta cumplía la costumbre secular de visitar enfermos. Más recientemente, el erudito francés Daniel Ménager ha explorado el imaginario de la postración en su ensayo *Convalecencias: la literatura en reposo* (Siruela, 2022), donde demuestra que el hecho de tumbarse para recuperar la salud (cuando se recupera) se ha narrado como un trance de transformación para muchos personajes que reciben la ilumina-

PASA A LA PÁGINA SIGUIENTE

dignas de la intervención urgente de los servicios sociales.

Se convirtió Juan Ramón en su exilio de Puerto Rico en un tumbado, una figura que el escritor Luis Landero atribuía al folclore de su Extremadura natal y de Andalucía: "Mi primer recuerdo consciente o nitido de la enfermedad tiene que ver con un hombre postrado en una cama, no un hombre cualquiera, sino una de aquellas figuras casi legendarias que hubo en el sur hace ya años y

a quienes llamaban los tumbados. Yo conocí de cerca una vez a un tumbado; esto es, no a un holgazán, a un neurótico o a un simple enfermo imaginario, sino a un auténtico e irrepetible ejemplar de tumbado: a un hombre que de una mañana a otra opta por suspender su actividad laboral y se abandona espléndidamente a la inacción", escribió en el ensayo *Tumbados y resucitados*.

El del tumbado es un fenómeno contemporáneo. Salvo el de Vol-

taire, apenas hay ejemplos anteriores al XIX. Se dice que el primer encamado fue un bibliófilo francés, el señor Boulard, que una mañana se hartó de clasificar su ingente biblioteca, se metió en la cama y no salió más. El caso se cuenta en un libro de medicina de 1841. Como la ciencia se encogía entonces de hombros (los sujetos estaban sanos, quizá tristes o desgastados, pero nada físico les impedía salir del lecho), la especulación literaria romantizó a los